

EL ARCHIVO

REVISTA DE CIENCIAS HISTÓRICAS

DIRECTOR: DR. D. ROQUE CHABÁS, PRESB.

TOMO VI

VALENCIA.—Junio, 1892.

CUADERNO IV

Antigüedades ibéricas.

TRIBUS, CIUDADES, ALDEAS (a).

Sumario.—Las aldeas, principal habitación de los iberos, como de los libyos.—La tribu ó ciudad: extensión ordinaria de su soberanía y de su territorio.—Fortificación de las aldeas: equivalencia de los términos *vicus* y *castellum* ó *turris*: atalayas y señales telegráficas: su uso en las guerras locales y para defensa contra los bandoleros: supervivencias.—Efectos de la conquista romana sobre la urbanización en la Península: alternativas de concentración y diseminación de los pobladores.

LA inmensa mayoría de los españoles habitaba en pequeñas aldeas,» al decir de Strabon (1); é indirectamente lo confirma Livio con el siguiente hecho. Apretaban los romanos con estrecho cerco á la ciudad de Contrebia, sin que los celtíberos pudieran acudir en su auxilio, por causa de lluvias obstinadas que habían puesto intransitables los caminos y los vados: cuando cesaron las lluvias y llegó el socorro á la ciudad, ya ésta se había rendido; en su retirada encontraron los aliados otro cuerpo de celtíberos que con igual propósito se dirigía á Contrebia; sabida la capitulación, retrocedió también. Al punto, dice el paduano, se dispersaron por sus aldeas y torres (2).

Así explicaron algunos historiadores los partes hiperbólicos de los generales romanos, que abusando lastimosamente del lenguaje, engañaban al pueblo y al Senado contando por centenares las ciudades que habían expugnado. A creer á Poly-

(a) Debidamente autorizados por su autor, publicamos este interesante trabajo de *Don Joaquín Costa*, uno de los más inteligentes investigadores en estas materias, si no el primero, entre los españoles. Por su modestia no se ha puesto su nombre al pié de este magnífico trabajo, que junto con otros sirven para conocer aquellas nebulosas edades. En *La Controversia*, revista religiosa, científica y política, que dirige en Madrid el presbítero D. José Salámero, sólo puso las iniciales M. Q. (mortuus quidam). Se honra mucho EL ARCHIVO al trasladar á sus columnas tan notable trabajo y estampar en ellas el nombre de su autor, al que significa su agradecimiento por esta distinción.

(1) Ἄγριοι γὰρ οἱ κατὰ κόμας οἰκοῦντες· τοιοῦτοι δ' οἱ πολλοὶ τῶν Ἰβήρων.... (Strabon, III, 4, 13).

(2) *Extemplo in vicis castellaque sua omnes dilapsi* (T. Livio, lib. XL, cap. 33).

La Torre de la Vela en Granada.

In hoc signo vinces.



GRANDIOSA, memorable é indescriptible fué la escena que se representó en la ciudad de Granada al dar las tres de la tarde del 2 de Enero del año de 1492. Era el momento acordado para la entrega de aquella morisca ciudad á sus ínclitos conquistadores los Reyes de España D. Fernando y D.^a Isabel.

En medio de un silencio profundo y de una calma imponente, el infortunado Mohammad Abú Abdalláh, conocido vulgarmente por Boabdil el Chico, último sultán de la renombrada dinastía de los Nazaritas, con escasa comitiva de caballeros y criados, bajó de sus regios alcázares de la Alhambra y rindió á los Reyes Católicos humilde homenaje de sumisión y obediencia.

Ya los augustos soberanos eran dueños de Granada; ya habían recibido las llaves de la populosa ciudad y de sus altivas fortalezas; ya veían terminado felizmente un cerco de ocho meses y una campaña de ocho años; ya veían incorporado á la monarquía española un territorio que había sufrido ocho siglos de extranjera usurpación, y sin embargo todavía continuaban el profundo silencio y la misteriosa calma en la ciudad vencida y en el ejército vencedor; todavía permanecían inmóviles y mudos aquellos aguerridos escuadrones; y los poderosos monarcas de Castilla y Aragón aguardaban con viva emoción un suceso, una señal que satisficiera la expectación de todos y colmase el júbilo de tan ansiado y venturoso día.

¿Qué pensamiento suspendía y embargaba los ánimos de aquellos egregios conquistadores y qué misterioso obstáculo los detenía ante el logro de tan preciada conquista, digno premio de su portentoso heroísmo, ante el magnífico espectáculo de tan hermosa y soberbia ciudad, coronada de alcázares y esmaltada de jardines? Era que sus nobles almas, llenas de piedad y de gratitud, aguardaban á que apareciera sobre las torres de la Alhambra aquel signo cristiano y vencedor que había triunfado en Covadonga y en las Navas de Tolosa y en toda la cruzada de los ocho siglos, y en cuyo enaltecimiento cifraba nuestra católica monarquía toda su grandeza y gloria.

Apareció por fin la señal deseada, y el lábaro divino de la Cruz se dejó ver sobre la torre más eminente de los regios alcázares granadinos. Era el guión arzobispal del gran Cardenal y Primado de España, una cruz con hasta (1) de plata que aquel insigne prelado, el ilustre D. Pedro González de Mendoza, allí presente, había llevado consigo durante la conquista de aquella ciudad y reino. El honor de enarbolar

(1) Ponemos esta palabra con h pues así lo exige su etimología.

aquella santa enseña en tan fausta ocasión lo alcanzó el confesor de la Reina Católica D. Fray Hernando de Talavera, á la sazón Obispo de Avila y ya electo Arzobispo de Granada, cuya sede tanto había de honrar con sus virtudes y celo apostólico (1). La Cruz fué levantada en alto por tres veces, y otras tantas resonó en los aires un inmenso clamor de vítores por parte de los cristianos vencedores y de lamentos por parte de los infieles vencidos. Luego el Maestre de Santiago, D. Gutierre de Cárdenas, alzó el pendón del glorioso Patrón de España, y por último, D. Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, nombrado alcaide de la fortaleza de la Alhambra, tremoló el estandarte real de Castilla. Entonces los reyes de armas clamaron *Santiago, Santiago, Santiago, Castilla, Castilla, Castilla, Granada, Granada, Granada, por los muy altos y poderosos señores Don Fernando y Doña Isabel, Rey y Reina de España* (2).

(1) Véase sobre este punto á Suárez en su *Vida del venerable D. Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada*, Madrid, 1866, cap. 9.

(2) Acerca de estas aclamaciones y de otros pormenores interesantes á nuestro objeto, se encuentran noticias en un documento histórico harto curioso y peregrino, cuyo conocimiento debemos á la fineza del distinguido literato y artista francés Mr. Ellys Gorenflot. Es una relación de la toma de Granada (*De la prinse de Granade par le Roy Despaigne*), escrita según parece por uno de los caballeros franceses que asistieron á aquella memorable jornada y publicada á principios del siglo XVI en una compilación titulada *La mer des hystoires*. Según observó el Sr. Eguílaz al traducirla al castellano, esta interesante relación, rica en detalles, discrepa mucho de las de nuestros cronistas coetáneos ó inmediatos al suceso. De la versión castellana hecha por el Sr. Eguílaz creemos oportuno copiar el siguiente trozo. Después de contar cómo la Cruz de nuestro Redentor, fué levantada tres veces sobre el lugar más alto y más conspicuo de la Casa Real de la Alhambra, con grandes gemidos y lamentos de los Moros, dice así:

«Mientras esta ceremonia, el ejército cristiano que, provisto de sus armas y en batalla bien ordenada, se hallaba fuera aunque cercano de la Ciudad, viendo lo que acabamos de referir, transportado de alegría, se humilló delante de Dios, alabándole y dándole gracias en alta voz por el inmarcesible triunfo alcanzado. Y el piadosísimo y victorioso Rey de España triunfante y noblemente armado sobre un caballo, luego al punto que vió la elevación de la Cruz, echó pié á tierra y se prosternó y humilló hincando en el suelo ambas rodillas ante la dicha Cruz, adorándola devotamente y dando gracias á Dios por las bendiciones que le había dispensado alcanzándole la grande y gloriosa victoria de la conquista de aquella ciudad. Después de la referida elevación de la Cruz, fué tremolado por otras tres veces el pendón del Apóstol Santiago, á quien se rindieron gracias y alabanzas, y finalmente las banderas y estandartes del muy noble y muy católico Rey de España fueron enarbolados sobre la mencionada torre, haciendo repetidas veces reverencia á la referida Cruz y pendón de Santiago. Ejecutadas todas y cada una de estas cosas, por el orden y manera en que se han dicho, un heraldo que se hallaba en la repetida torre comenzó á gritar y publicar en alta voz y en idioma español, las solemnes palabras que siguen: «Santiago, Santiago, Santiago; Castilla, Castilla, Castilla; Granada, Granada, Granada, por los muy altos, muy poderosos señores Don Fernando y Doña Isabel, Rey y Reina de España que han gannado esta cibdat de Granada y toda su tierra por fuerza de armas de los infieles moros con la ayuda de Dios y de la Virgen gloriosa su Madre y del bienaventurado Apóstol Santiago y con la ayuda de nuestro muy Santo Padre Inocencio VIII, socorro y devoción de los grandes preladados, caballeros hijosdalgo é comunidades de sus reinos.»

Luego que el heraldo hubo terminado estos gritos, pareció como que la torre temblaba por los grandes estampidos de los cañones y bombardas, los cuales en señal de alegría y de victoria, fueron todos disparados á un tiempo. Entonces se oyeron los sonidos de las trompetas, clarines y toda suerte de instrumentos bélicos en demostración de alegría y regocijo.»

Apenas alcanzaron á ver la señal de la Cruz, los Reyes Católicos, los príncipes sus hijos, los magnates y todo el ejército cristiano, se postraron humildemente en tierra, adorando aquel signo vencedor; cantaron solemnemente el *Te Deum laudamus* y el himno *O Crux, ave spes unica*; y mientras se elevaba hasta el cielo un inmenso concierto de agradecidos loores, se atronaba el espacio con el estruendo de las cajas y las salvas de la disparada artillería.

Pero ¿cuál fué la torre eminente y encumbrada donde se dió la señal para tanto regocijo, desde donde se avisó á los Reyes y al ejército conquistador que la formidable fortaleza y palacio real de la Alhambra eran ya entregados y rendidos á las victoriosas armas de Castilla y de Aragón, que eran ya terminados los trabajos y afanes de tan árdua y prolija empresa y acabadas en nuestra península la guerra contra la morisma y la esclavitud de España? ¿Cuál fué, en suma, el lugar privilegiado, la venturosa atalaya y el faro salvador, donde la Cruz del divino Redentor apareció ante la cristiandad española como signo de cumplida victoria, libertad y restauración, como feliz anuncio de nuevas y magníficas glorias reservadas á su fé y patriotismo?

Mucho importa localizar tan glorioso recuerdo y determinar exactamente el sitio de un suceso tan memorable para Granada y para la nación ibérica. Andrés Bernaldez (1), Lucio Marineo Sículo (2) y un cronista francés anónimo (3) se limitan á decir que aquella piadosa señal se dió en la torre más alta y principal de la Alhambra. E igualmente en el testamento del Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza (4) solo se dice: «porque la nuestra Cruz que en señal de Primado habemos traído es la primera que se puso sobre la más alta torre del Alhambra de la cibdad de Granada.» Si consultamos ciertas ediciones de la conocida *Crónica de los Reyes Católicos* por su coetáneo Hernando del Pulgar, hallaremos en su capítulo 123 que la Cruz se enarboló en la torre llamada de Comares. Mas es cosa averiguada que este capítulo no se escribió por el mismo Pulgar, que solo llegó en su crónica hasta el año 1490, sino por un continuador, cuya época ignoramos (5).

La torre de Comares, tan notable por la altura y suntuosidad de su fábrica, no se acomoda á las principales circunstancias del suceso que hemos celebrado, pues no ofrece en su cima espacio á propósito para las muchas personas que tomaron parte en el acto de enarbolar la Cruz arzobispal y los estandartes de Castilla y Santiago, ni sus alegres vistas, que se derraman principalmente por las márgenes del río Darro y las alturas del Albaicín, alcanzan á la situación que ocupaban en aquel día los Reyes y ejército cristiano. Sabido es que el Rey Católico, al recibir los

(1) En el cap. 109 de su *Historia de los Reyes Católicos*.

(2) En el libro XX de su libro *De las cosas memorables de España*.

(3) El que dejamos mencionado en la pág. 168, nota 2.^a

(4) Citado por Bermúdez de Pedraza, folio 170 v.^o

(5) Véase á Galíndez de Carvajal, citado en el prólogo de la edición de dicha *Crónica* hecha en Valencia año 1780, y á D. Pedro de Alcántara Suárez en su *Vida del Venerable D. Fr. Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada*, pág. 101, nota 3.^a

homenajes de Boabdil y aguardar la señal convenida, se hallaba sobre la orilla izquierda del Xenil, junto á la actual ermita de San Sebastián, la Reina Isabel en un otero cerca de Armilla, y el ejército que venía de Santa Fé, llenaba los arenales de aquel río, llegando hasta su confluencia con el Darro (1).

Por lo mismo, el santo lábaro de la Cruz debió aparecer en la torre más elevada que se descubre desde aquellas márgenes y campos, situados al S. O. de Granada, ó sea en la torre llamada hoy de la Vela, levantada, según el diligente historiador y descriptor Luís del Mármol, «en la cumbre de un alto cerro que señorea á la ciudad, opuesto al cerro de la Alcazaba y tan cerca dél, que sólo el río Darro los divide.»

La torre de la Vela sobrepuja considerablemente á su rival la de Comares por su mayor altura (2), por lo empinado del lugar en que se asienta, por lo espacioso de su azotea y por la inmensa extensión del territorio que domina. A diferencia de la torre de Comares, regio salón ricamente ornamentado, la de la Vela es una gigantesca atalaya, cuya principal hermosura consiste en sus admirables vistas, tan bella y prolijamente pintadas por un aventajado ingenio de nuestros días.

La torre de la Vela, de forma cuadrada como todas las que fortalecen el recinto de la Alhambra, mide 82 pies de altura y 224 de circuito. Su rudo y lóbrego interior nada ofrece de bello ni de notable, mas su azotea ostenta un elegante campanario coronado de almenas, y recrea los ojos de sus curiosos visitantes con el incomparable espectáculo de sus deliciosas vistas. Hélas aquí bellamente descritas por la gallarda pluma de D. José Giménez Serrano, en un libro que, aunque moderno, es ya de difícil hallazgo y harto merecedor de la solicitud con que le buscan los admiradores de Granada. Dice así (3):

«En primer término está la *Alhambra* con sus torreones arruinados, sus restos árabes, sus jardines y sus frondosas alamedas; descuella en el centro el *palacio del Emperador*, que se asemeja á un circo romano, y la elevada *torre de Santa María*; más á lo lejos se divisa *la casa del deleite*, Generalife, con sus bosques de laureles, sus cipreses seculares y sus fuentes inagotables, coronado por las ruínas del cerro de *Santa Elena* (4), hoy estéril y pelado, antes delicioso recreo, sembrado de palacios y jardines. Más al Poniente el *monte Ilipulitano*; célebre por sus reliquias, y cuya falda es tan amena que la llaman *Valparaiso*, cubierta en sus alturas de nopales y gigantes álamos que sombrean la poética mansión donde se veneran las cenizas de San Cecilio. Síguense luego las sierras de *Cogollos*, de donde nace el Darro, las de *Moclín* y de *Colomera*, erizadas de rocas y pobladas de olivares, con atalayas en sus picos que anunciaban con llamaradas la proximidad de los castellanos fron-

(1) Mármol, en su *Historia del rebelión y castigo de los Moriscos*, lib. I, cap. 10, y Bermúdez de Pedraza, en su *Hist. ecles. de Granada*, parte III, cap. 51.

(2) La torre de la Vela mide 82 pies de altura, mientras la de Comares sólo se eleva 68 pies.

(3) *Manual del artista y del viajero en Granada*, por D. José Giménez Serrano. Granada, 1846.

(4) Por otro nombre *Cerro del Sol*.

terizos de Jaén y Córdoba. Más cerca los collados de *San Cristóbal* y *San Miguel*, coronados por templos católicos, rodeados de murallas antiguas y sembrados de casas medio arruinadas, de cuevas habitadas entre cármenes y huertos. Casi á los pies el *Darro*, que arrastra arenas de oro, y cuyas aguas saludables vinieron á buscar desde el África los Moros que poblaron el *barrio del hospital*, y desde Castilla el Cardenal Ximénez de Cisneros y el Gran Capitán: el Darro, que sale de unas grutas de verdura que llaman *las angosturas*, y cuyas aguas, elevadas por arte, derraman las flores y la frescura en el Generalife y la Alhambra.

»Enfrente, cercana al Norte, descuella *sierra Elvira*, con su falda tendida y resguardada de encontrados vientos, desaprovechada y estéril con las ruínas y por las substancias volcánicas que se agitan en su seno y cuecen sus aguas saludables, cuna de antiguas poblaciones, tumba de un ejército y de los Infantes, y rodeada de una deliciosa vega que hace contrastar más sus terrazos pelados. Luego los montes de Parapanda, que se conmueven con doble violencia en los terremotos. Declinando del Norte, las sierras de *Montefrío*, tan fértiles, que dan treinta por uno; las de *Loja*, que arrojan agua por todas sus venas y ofrecen salida al ya caudaloso Xenil; las de *Alhama*, cuyos baños buscan tanto los paralíticos, y finalmente, la gran cordillera del *Padul*, que se une con las gigantescas y nevadas cúspides de *Muley Hacén* y *Veleta*; con *Sierra Nevada*, que templá los aires y los ardores del estío, sin enfriar tanto en el invierno, que no puedan florecer los rosales ni dejar de madurar los naranjos. Muy cerca la *Vega*,

«que parece capa verde
con pasamanos de plata,»

según el famoso poeta Mira de Amézcuá, regada por cien ríos y por innumerables fuentes, salpicada de pueblos y de alquerías, de bosques, de olivares y de sábanas de todos sembrados, cortada por el *Genil*, que trae arenas de plata y nace en la *laguna sagrada*, y cuyo lecho es de mármoles preciosos; y la *ciudad* en fin, con sus casas apiñadas, sus elegantes edificios de todos géneros, sus magníficos paseos, sus variados alrededores; la ciudad fundada sobre siete colinas como Roma y con monumentos de todos los tiempos y de todas las civilizaciones.

»Este paisaje, de los más hermosos del mundo, está cerrado por un cielo azul y purísimo, más claro que otros por los reflejos de las nieves del Veleta.»

Pero si esta torre supera á su rival la de Comares en la belleza de sus vistas, aún más la aventaja en antigüedad é importancia histórica. Como afirman graves autores y lo corroboran poderosas razones, fué la primera que se fundó en el recinto de la Alhambra y la base de la fuerte alcazaba que por aquella parte apoya y protege el alcázar de los reyes Nazaritas (1).

(1) Su primera fundación, escribe Mármol al tratar de la Alhambra, «fué en el lugar donde agora está la torre que dizen de la Campana, en la cumbre de un alto cerro que señorea la ciudad, opuesto

Y aunque algunos escritores atribuyen la fundación de aquel formidable conjunto de torres y murallas á los primeros reyes de aquella dinastía (1), nosotros al considerar el privilegiado asiento de esta alcazaba y su situación con respecto al palacio de la Alhambra, creemos que los Nazaritas levantaron su regio alcázar al amparo y defensa de la torre de la Vela y de las fortificaciones contiguas que ya existían desde remota edad.

Puede asegurarse con gran fundamento que la fábrica primitiva de esta torre se remonta hasta la época romana. Así lo indican su forma y construcción, que según personas muy entendidas en la historia del arte y según nos afirmó un docto viajero italiano, semejan notablemente, así en lo exterior como en lo interior, á monumentos romanos de grande antigüedad y del período gentilicio.

Mas por lo menos, sabemos con certidumbre que la torre de la Vela y su alcazaba existían en la segunda mitad del siglo IX de nuestra era. Al estudiar nuevamente los documentos históricos de la dominación arábiga, tenemos por cierto, de acuerdo con dos arabistas tan competentes como los Sres. Dozy y Eguílaz, que en aquella alcazaba, y no en los vecinos alcázares de la Alhambra, como á primera vista lo indica el nombre, ni en el más bajo y reducido cerro que coronan las antiguas torres Bermejas, como creímos en otro tiempo, estuvo situado aquel formidable castillo y vasta fortaleza que Ibn Hayyán é Ibn Aljathib designan con los nombres de *Alcala Alhamrá*, *Alcazaba Alhamrá* y *Medina Alhamrá*, es decir, el castillo rojo, la alcazaba roja y la ciudadela roja, que tanto suenan en la historia de Granada durante los siglos IX y X (2).

al cerro de la Alcazaba (Cadima) y tan cerca dél que solo el río Darro los divide.»—«La torre de la Vela fué la 1.^a fundada en el recinto de la Alhambra,» Giménez Serrano, 133.—«La Alcazaba es la parte más antigua de la Alhambra,» Valladar, en su *Guía de Granada*, pág. 30.

(1) Engañóse Giménez Serrano al afirmar (131) que Alahmar el Grande comenzó la obra de la Alhambra, echando los cimientos de la torre de la Vela y de la Alcazaba. Engañáronse igualmente el mismo Giménez Serrano y otros modernos, cuando extraviados por un pasaje mal comprendido de Ibn Aljathib, citado por Casiri, (II, 114), creyeron que el alcázar regio de la Alhambra, y la Alcazaba Roja (*Alcazaba* ó *Alcalá Alhamrá*), que son dos cosas distintas, fueron construídas en la segunda mitad del siglo IX por el caudillo árabe Sawár ben Hamdón; pues lo que hizo este guerrero en esta fortaleza y en varias ciudades antiguas que se dicen edificadas por él, como Guadix, Baza y Mentesa, fué reparar sus muros y baluartes de los estragos de la guerra.

(2) No es de extrañar que los autores modernos hayan confundido dos edificios tan próximos entre sí y señalados con el mismo sobrenombre ó epíteto. La antiquísima alcazaba de que forma parte la torre de la Vela hubo de llamarse *Alhamrá*, que en lengua árabe significa la roja, por el color de sus muros ó de su tierra, para diferenciarla de la alcazaba frontera (llamada Cadima ó antigua), situada al lado opuesto del río Darro, y que ofrecería á la vista un color distinto, como observó atinadamente el Sr. Riaño, citado por el Sr. Valladar, pág. 30. Por su parte, el alcázar regio de la Alhambra recibió semejante sobrenombre ó calificativo (*Caçar Alhamrá*, *Hiçn Alhamrá*, es decir, el alcázar ó castillo de la Roja), ó bien por su primer fundador Mohammad *Alahmar*; pues *Alhamrá* es el femenino del adjetivo *Ahmar* (rojo), ó bien por el color rojizo de sus muros y torres, ó acaso por su misma proximidad con la antigua Alcazaba *Alhamrá* (la roja). Según Giménez Serrano, fundado en un pasaje de Ibn Aljathib, mal comprendido por Casiri (II, 114) la Alhambra se llamó así porque se

Por lo tanto, en esta torre de la Vela y su alcazaba, debemos fijar el teatro de sucesos sumamente memorables é importantes para la cristiandad española, que ocurrieron durante el calamitoso período de la opresión sarracénica y que nos han sido revelados en nuestros días por los historiadores arábigos.

Por ellos sabemos que hacia el año 860, los Españoles de Elbira, siempre en lucha con los Árabes, los habían acorralado en la Alcazaba Alhamrá, y que veinte y nueve años después, durante la gran guerra civil que se encendió entre todos los pueblos y razas que formaban la monarquía arábigo-cordobesa, volvieron á encerrarlos en los muros de aquella fortaleza, donde capitaneados por su valeroso caudillo Sawar, reparaban de noche á la luz de antorchas los quebrantos sufridos en las recias embestidas y asaltos con que durante el día los fatigaban sus enemigos (1).

Por ellos sabemos también que 223 años después, en 1162, en esta Alcazaba Alhamrá y en la vecina explanada y loma de la Sabica se fortificó y acampó con dos mil caballeros cristianos y muchos peones moros el caudillo mulladí Ibn Hamuxco (2), señor de Jaén, Úbeda y Baeza. Este Ibn Hamuxco, que era un capitán muy valeroso, nacido en el islamismo, pero de origen cristiano, venía á las órdenes de otro insigne caudillo de la misma raza, apellidado Ibn *Mardanix* ó *Mardonix* (3), y llamado por los autores cristianos el rey Lupo (4) y que en efecto reinaba á la sazón en Murcia, Valencia y todo el sudoeste de la Península. Aunque sin abjurar de la ley de Mahoma en que había sido educado, conservaba el espíritu nacional heredado de sus mayores, y estrechando relaciones con los príncipes cristianos, coadyuvaba eficazmente á la restauración de España (5). Habiéndose concertado con los Mozárabes y Judíos de Granada, descontentos igualmente del despotismo con que á la sazón les oprimían los Almohades, resolvió librar á esta

construyó de noche y al resplandor rojizo de grandes teas; pero dicho historiador no se refiere á la Alhambra, sino á la antigua *Alcazaba Alhamrá*, ó sea la torre de la Vela, y solo dice que Sawar ben Hamdón, reparaba durante la noche á la luz de antorchas las ruínas causadas por los ataques del día. Debemos finalmente advertir, que los Sres. Oliver en su excelente libro *Granada y sus monumentos árabes*, publicado en 1875, cayeron también en el lazo de que la Alcazaba Alhamrá debió este calificativo á las antorchas encendidas por los Arabes de Sawar; pero acertaron discretamente á distinguir dicha ciudadela del palacio real de la Alhambra, como puede verse en dicho libro, pág. 16, 19 y 209.

(1) Ibn Hayyán é Ibn Aljathib, citados por Mr. Dozy en su *Hist. des mus. d'Espagne*, libro 11, cap. 12. Es de advertir que en este libro, publicado en 1861, Mr. Dozy confundió la Alcazaba Alhamrá de que veníamos tratando con el alcázar real de la Alhambra.

(2) El nombre completo de este caudillo era Ibrahim ben Ahmed ben Mofrig, y su apellido Ibn *Hamuxco* (ó *Hemoxco*) no *Homseo* como ha escrito algún autor moderno. Su apellido y memoria se conservaron largo tiempo en la sierra del puerto *Hamusco*, mencionada en el *Libro de Montería* de Alfonso XI, pág. 257 de la edición de Gutiérrez de la Vega.

(3) Su nombre completo era Abú Abdallah Mohammad ben Saad ben Mohammad ben Ahmed ibn *Mardanix* ó *Mardonix*, y cuyo apellido equivale al español Martínez, como ha notado Mr. Dozy. La forma *Mardonex* y *Mardonix* se encuentra también en documentos antiguos.

(4) Y el rey *Lop* en los Anales Toledanos, *Rex Lupus*, por el Arzobispo D. Rodrigo.

(5) Acerca de su afición á los cristianos y de los grandes servicios que les prestó, véase Mr. Dozy, en el tomo I de sus *Recherches*, págs. 366 y 367.

ciudad del odioso yugo que sufría. Para atacar á la guarnición almohade que se había refugiado en la Alcazaba Cadima, Ibn Mardanix con una numerosa hueste compuesta de Castellanos, Navarros, Catalanes y Moros, ocupó las alturas llamadas entonces de la *Xaréa*, situadas sobre la parte superior de dicha Alcazaba y del Albaicín, cuyas alturas ó lomas conservaron durante largos siglos el nombre de aquel caudillo, llamándose la *Alcudia de Ibn Saad*, y con más frecuencia de *Ibn Mardanix* (1). Entretanto, Ibn Hamuxco con los Andaluces y Moros de su hueste ocupaba la Alcazaba Alhamrá, disparando desde allí sus catapultas contra los Almohades refugiados en la frontera alcazaba, mientras los caballeros cristianos acampaban en la vecina llanura y loma de la Sabica.

Entre los caballeros cristianos se distinguían un nieto del famoso Alvar Fañez (2) llamado Alvar Rodríguez, que ya se había señalado en la toma de Almería por Alfonso VII (en 1147), Ermengaudó, conde de Urgel, y su hermano Galcerán (3). Esta noble empresa no dió el resultado apetecido por haber llegado á tiempo un gran ejército de Almohades, procedente de África, que libró á sus compañeros, reducidos ya al último apuro, y ahuyentó á los Españoles de Ibn Mardanix é Ibn Hamuxco, no sin muerte de muchos cristianos, así de los conducidos por aquellos capitanes como de los granadinos que los habían llamado en su ayuda. La suerte de esta empresa se decidió en el vecino campo de la Sabica, donde al rayar el día 13 de Julio de dicho año 1162, los Almohades sorprendieron á los caballeros cristianos que allí se acampaban y despeñaron á muchos, precipitándolos en el río Darro, que pasa muy hondo al pie de aquellas alturas. De los que perecieron despeñados fué uno, según cierto cronista árabe, el nieto de Alvar Fañez, llamado Alvar Rodríguez y más conocido con el apodo de el Calvo (*Alacraa*) (4). Ibn Mardanix é Ibn Hamuxco huyeron con el resto de sus escuadrones (5). Tal fué el desastroso suceso de esta jornada, que un autor árabe llama la batalla de la *Sabica* y que vengó á los Arabes de la terrible derrota que pocos días antes habían sufrido á manos de Ibn Hamuxco en el sitio llamado *Marg-Arrocád* en la Vega de Granada (6). Mas no obstante, el arduo intento y empresa de aquellos valerosos capita-

(1) Este nombre se conservaba aún en el siglo XII; hoy aquella loma se llama el Cerro de San Cristóbal.

(2) Compañero del Cid.

(3) Seguimos en este punto como en todos los datos relativos á la memorable expedición de Ibn Mardanix é Ibn Hamuxco á Mr. Reinhart Dozy en la excelente disertación titulada *Sur ce qui se passa á Grenade en 1162*, publicada en la 3.^a edición de sus *Recherches*, I. 365 y siguiente.

(4) En una Crónica de los Almohades de autor anónimo que se conserva en la Real Biblioteca del Escorial y que contiene una breve narración de este mismo suceso, se llama á dicho personaje *Modér Alacraa* y se dice que los Almohades lo despeñaron desde la (Alcazaba) Alhamrá. También pereció en aquella derrota según los Anales Toledanos I, un caballero llamado Pedro García.

(5) Ibn Çáhib-Aççalát (autor coetáneo), Ibn Alatzir, Ibn Alabbar y otros escritores antiguos citados por Mr. Dozy en su mencionada disertación.

(6) Ibn Alabbár, pág. 230 de la edición de Mr. Dozy é Ibn Çáhib-Aççalát, citado por el mismo Mr. Dozy, en su celebrada disertación, *Recherches*, I. 375.

nes debe celebrarse entre las mayores hazañas y aventuras que el espíritu nacional inspiró á los Españoles de aquellos siglos.

Pues la gloria del heroísmo no debe estimarse por la felicidad del resultado, sino por la magnitud del deseo y del sacrificio, al celebrar el triunfo definitivo de la Cruz y la reconquista de Granada, plácenos evocar tan interesantes y olvidados recuerdos del patriotismo y constancia del pueblo español, proponiéndolos á la imitación de nuestros coetáneos, no poco necesitados de semejantes esfuerzos. Al contemplar desde la monumental y antiquísima torre de la Vela y á la luz de la historia, las fronteras altas del Albaicín y los imponentes restos de la Alcazaba Cadima, asiento de la antigua Ilíberis, parécenos ver bajar por aquellas laderas allá en la última década del siglo IX las milicias españolas, subir atrevidamente al asalto de la Alcazaba Alhamrá, arrojar sobre este fuerte recinto aquel famoso cartel con los patrióticos versos del celebrado Alablí, y estrellarse en estos altos muros nobles esperanzas de la fé y patriotismo nacional, que no debían realizarse cumplidamente hasta pasados seis siglos. Pero entretanto no duerme el sentimiento español, y transcurridos 223 años después de las grandes pérdidas que sufrieron los Españoles iliberitanos al pie de esta fortaleza en las batallas nombradas de Chaad y de la ciudad (1), volvemos á ver á los cristianos, no ya atacando á los Árabes en esta Alcazaba, sino fortalecidos en ella, bajo el mando del célebre Ibn Hamuxco y disparando sus almaxaneques contra los Almohades acampados en la opuesta Alcazaba, mientras otro caudillo español, Ibn Mardanix, los acosaba desde una encumbrada loma que domina el Albaicín y que hoy se llama el cerro de San Cristóbal.

Frustráronse también las risueñas esperanzas de aquellos héroes, pero su generosa sangre, derramada en estos campos, no fué infecunda para los progresos de nuestra cristiandad, y transcurrido otro plazo de 330 años, en este mismo lugar, y sobre esta elevada torre, vieron los Reyes restauradores y la España católica el feliz cumplimiento de su bien fundada esperanza. Que aquí apareció el lábaro vencedor de la Cruz anunciando la entrega de los alcázares granadinos, lo aseguran, con las razones ya alegadas, el testimonio de autores competentes y la constante tradición del pueblo granadino.

Luís del Mármol Carvajal, que con tanta diligencia estudió y escribió las antigüedades de Granada, afirma que el Gran Cardenal de España, «mandando arbolar la Cruz de plata que le traían delante y el estandarte real sobre *la torre de la Campana*, como sus Altezas se lo habían mandado, dió señal de que las fortalezas estaban por ellos.» D. Francisco Bermúdez de Pedraza, no menos diligente y exacto en la consulta de los antiguos documentos y memorias de Granada, asegura igualmente que habiendo entrado en el recinto de la Alhambra el Cardenal con los prelados (2)

(1) Sobre estas batallas véase á Mr. Dozy en su mencionada Historia, libro II, cap. 12.

(2) Ya hemos notado que no fué el Gran Cardenal de España en persona, sino el Arzobispo electo de Granada, D. Fray Hernando de Talavera, quien enarbó el guión de la sede primada.

y magnates que le acompañaban, subió á la torre de la Campana y enarboló en ella la Cruz de su guión.

Esta torre de la Campana no es otra que la llamada hoy de la *Vela*, la cual ha recibido entrambos nombres por una campana que se colocó en ella poco después de la reconquista y que en 1773 fué reemplazada por la que hoy existe. Esta campana, como advierte con razón el celebrado Giménez Serrano, sirve para repartir los riegos en la Vega y anunciar las horas en el silencio de la noche: su cristiana y patriótica voz, que en los pausados toques nocturnos convida á poéticas y religiosas meditaciones, más de una vez, y sobre todo durante la guerra de la Independencia, tocada á rebato, encendió en marcial coraje al pueblo granadino.

Por todas estas razones la campana de la Vela es altamente famosa y popular en la ciudad y reino de Granada. El pueblo la toca con entusiasmo veinte y cuatro horas seguidas en el aniversario del memorable 2 de Enero de 1492, y la celebra largamente en sus cantares, tradiciones y recuerdos.

Dentro de poco, al celebrarse el cuarto centenario de la memorable toma de Granada y cumplida restauración de la nacionalidad ibérica, gran concurrencia de españoles y extranjeros acudirá á evocar y festejar en esta torre el recuerdo de un suceso tan fausto y trascendental, y el santo estandarte de la Cruz se enarbolará nuevamente en su alta azotea (1).

Ojalá que esta representación de la gloriosa escena del 2 de Enero de 1492 no sea un vano alarde de orgullo nacional ni un divertido simulacro, sino una elocuente lección que enseñe y recuerde al mundo lo que nuestra patria y todo el linaje humano deben al único lábaro invencible y triunfador, á la única enseña que guía á las naciones por el verdadero camino del progreso, de la restauración y de la libertad.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.



El Miguelete y sus campanas.—Tomamos la siguiente nota de la *Consueta de la Santa Metropolitana Iglesia de Valencia*, libro curiosísimo, en que está descrita la pauta y orden para todas las funciones del culto de la misma, trabajo debido al célebre maestro de ceremonias Doctor Teodosio Herrera en 1705. A la pág. 717, hay un párrafo que intitula *De la torre del Campanario y su descripción*, que textualmente dice lo siguiente:

(1) Este escrito se compuso antes del cuarto centenario de la conquista de Granada (2 de Enero de 1892).